

hemos visto aumentarse en estos dias con nombres muy respetables.

No ignoro que algunos de entre vosotros esperaban de buena fé, que la Francia viniera á hacer algun bien á Méjico: jamas han tenido fundamento para creer semejante absurdo que repugna el solo buen sentido, pues, fuera de otras mil consideraciones, bastaba reflexionar que su sola intervencion en nuestros negocios, seria un mal mas grande, y que produciria resultados mas funestos que todos los males que se hubiera propuesto remediar; pero si es así, si de buena fé algunos se habian mantenido adictos á la intervencion, cuando esperaban que respetaria la voluntad nacional y nuestras instituciones republicanas, que, todos comprendeis, son en Méjico las únicas posibles: hoy que presencian lo contrario, que ven que para lograr sus miras, han apellidado representacion nacional á dos centenares y medio de miserables nombrados por ellos, que, con excepcion de unos cuantos que tenian una reputacion que no han querido manchar con una infamia, proclamaron como voluntad de la nacion lo que Forey les dictara: ¡la monarquía,! lanzando así un elemento enteramente nuevo en nuestras divisiones, con lo que habrá logrado exacerbarlas en lugar de terminarlas, como hipócritamente lo prometia por medio de sus ministros; y la monarquía con un príncipe extranjero, de una casa que nada tiene de comun con nosotros; y para colmo de ignominia, para que nada faltara en tan inmundo sainete, los que lo representaron han puesto la nacion á los piés de su amo Napoleon III, pidiendo á su benevolencia que si por *desgracia* no acepta Maximiliano de Austria, nos mande. . . . algun sargento que nos gobierne; y ya nos lo mandará, pues este era el secreto del gabinete de las Tullerías: allí está por mientras Forey ó Saligny, á quienes vereis muy pronto de lugar-tenientes ó vireyes.

Sé bien que entre vosotros se han querido desmen-

tir estos hechos, y atribuirlos á calumnias inventadas para desacreditar la intervencion; por desgracia, ó quizá por fortuna, no es lícito dudar de ellos, tanto valdria dudar de la presencia del ejército francés en la capital de la República; pero ese empeño en negarlo es de buen agüero: eso quiere decir que comprendeis todo lo monstruoso, todo lo absurdo y abominable de lo que está pasando en Méjico; y si teneis en efecto buena fé, si sois consecuentes, debeis al fin renegar de la intervencion, si alguna vez os habia logrado seducir.

Comprendo cuán sensible os será ver desvanecidas vuestras ilusiones; pero la misma intervencion se ha encargado de probaros lo que de nuestra boca no queriais creer: ella es quien ha rasgado el velo, á la verdad muy trasparente, con que se habia cubierto y logrado engañar á algunos. Ahora podeis contemplarla en toda su asquerosa desnudez: miradla con su cortejo de traidores, con su príncipe Maximiliano, con su *benevolencia imperial* (que ya vereis el uso que hace del célebre art. 4.º), con su picota, con su representacion nacional, con sus notables que serán sus primeras víctimas, porque se han de acordar al fin de que son mejicanos, que pertenecen á un partido que seguramente aspira á dominar en Méjico y que solo en un momento de vértigo pudieron renegar hasta de la esperanza é ir á traer del extranjero quien dominara en su lugar, y esto nada mas que á ellos, porque nada mas que ellos obedecerán, hasta que llegue el dia en que sus amos no los necesiten y les den con el pié; entonces comprenderán lo que han hecho, pero será tarde para ellos.

Para vosotros no lo es hoy: si teneis buena fé, os lo repito, si de veras amais á vuestra patria y quereis ahorrarle la mayor parte de los males que de otro modo va á sufrir, la ocasion es propicia: deponed aunque sea por ahora toda pasion, emplazad el logro de vuestras miras políticas, sed ante todo mejicanos, no

os suicideis, apresuraos á sostener nuestra comun independencía, para que podais abrigar la esperanza de realizar algun dia vuestras ilusiones, y despues volved á ella si quereis, que entonces, aun al tener que combatiros, sabremos que combatimos con verdaderos mejicanos, y os habreis librado del cargo mas terrible que deshonra vuestra existencia y que jamas os permitirá sobreponeros en la nacion.

He querido aprovechar esta ocasion para hablaros el idioma de la razon, del patriotismo y aun de vuestro propio interes; si no me oís, mejor diré, si no oís la voz de la patria que os llama, tanto peor para vosotros. Escuchadlo bien: con vuestro concurso ó sin él, Méjico se tiene que salvar: os puedo asegurar el resultado de la lucha, mas no su duracion ni su carácter: aquella será mas corta y este menos destructor y sangriento, si todos los mejicanos nos unimos; pero si el dia no muy lejano en que comience la lucha, pues verdaderamente va á comenzar, por mas que Forey diga que ha terminado, no os encontráis del lado de la patria ¡ay de vosotros! y no tendreis ni á quien quejaros, porque habreis merecido vuestra suerte.

Y vosotros los que componeis el clero mejicano, ¿no creis merecer tambien una palabra? Yo no he venido aquí á hacer reconvenciones: me he impuesto otra mision mas noble; pero vosotros en general perteneceis á un partido, el que ha hecho la guerra al gobierno constitucional, y como ya me parece oír lo que se me quiere contestar, repito que no he venido aquí á hacer reconvenciones, ni á discutir sobre hechos que son del dominio de la historia: perteneceis á ese partido, y así os comprende todo lo que á él acabo de decir y ademas algunas cosas que os son especiales. Yo concibo muy bien que como hombres tengais vuestras opiniones y que ademas querais defender vuestros intereses materiales, aun que en la defensa habeis ido mucho mas allá de lo que vuestro carácter permitia, porque habeis visto

impasibles derramarse la sangre de vuestros hermanos y arruinarse vuestra patria, por una causa que era la vuestra y en nombre de la religion de paz de que sois ministros, sin que se os haya oido una palabra de conciliacion y antes sí fraticidas exhortaciones: todo esto pasó ya y á la historia corresponde juzgarlo; pero decidme ¿en la lucha que la nacion va á sostener por su independencía, no presentis todos los males, todos los horrores que se van á seguir, los torrentes de sangre que van á correr? ¿y no os apresurais á economizarla, dado que no os fuera posible evitarlo del todo? y ¿cómo podriais obrar este prodigio? cómo! no lo comprendéis? pero entonces no teneis buena fé y no nos entendemos. ¿Ignorais que una palabra vuestra puede hacer caer la venda de los ojos de tantos ilusos? por qué, pues, no la pronunciais? ¿Será posible que hayais olvidado que la cátedra del Espíritu Santo, ha resonado mil y mil veces con los sagrados nombres de patria y de independencía? pero vosotros mismos os preciais de haber contribuido poderosamente á conquistar la nuestra en 1821 y á defenderla en 847. Aun era yo muy niño en esa última época, y sin embargo recuerdo haber derramado lágrimas al oír salir de la cátedra del Espíritu Santo y de boca de los mas intachables de entre vosotros, las mas enérgicas exhortaciones á empuñar los armas en defensa de nuestra independencía, menos amenazada que ahora, ¿por qué, pues, el silencio que os obstinais en guardar? han acaso enmudecido los libros santos, fuente inagotable de divinas inspiraciones? ya no os dicen nada la valerosa Judith, ni los heróicos macabeos? qué Jesucristo habria amado menos á su patria si esta hubiera sido Méjico en lugar de Judea? Esta es la ocasion de rehabilitaros: os digo mas, de recobrar vuestro prestigio, pero mas grande, mas sólido, mas incontestable, porque adquirireis el que corresponde á los ciudadanos que saben cumplir con su deber y que pudiendo salvan á su patria: os reha-

bilitareis ante la nacion y ante el mundo, y habreis servido mejor á los sagrados intereses que os están confiados. Que para nada os detengan el nombre del gefe de la iglesia mejicana que figura en primer término entre los traidores, ni la presencia de algunos obispos y otra multitud de eclesiásticos que hacen papel en la farsa de la capital; al contrario, esta debe ser una poderosa razon para que os empeñeis en desvanecer el cargo que de allí os pueda resultar: probad pue no obráis en todo por espíritu de cuerpo. El arzobispo y los obispos traidores no son vuestros gefes políticos; dejad que ellos obren á su antojo y obrad vosotros conforme á vuestro deber.

Aun tengo otra palabra que decir y será dirigida al gobierno, porque serian inútiles mis débiles esfuerzos y los de todos los que, como yo, procuren unir á todos los mejicanos, para formar el gran partido nacional, que es el que debe salvar á la patria, si el gobierno, á quien corresponde ponerse á su cabeza, no trabaja eficazmente para formarlo, organizarlo y dirigirlo. Debe mostrarse firme y obrar con toda la decision que inspiran el buen derecho y la justicia de la causa que defiende, y revestirse de la nobleza que da el valor de la propia conciencia. No basta que se muestre intransigible con la invasion, inexorable con los traidores; se necesita ademas que dé lleno á otra tarea mas difícil, tal vez, pero no menos gloriosa, la de dar prestigio á la noble causa de la independendia y de la libertad; no porque ellas por sí solas no se recomienden, sino porque es necesario desvanecer el miedo que inspira la insurreccion que va á seguir; y esto no por el que se tenga á nuestros enemigos, sino por el que causan los desórdenes que, por desgracia y como un cortejo inseparable, acompañan siempre nuestras mas gloriosas revoluciones. Sin necesidad de remontarnos á épocas muy lejanas, fresca está aún la memoria de algunos hechos de nuestra última revolucion, y aun de otros que han tenido lugar despues de ella, ta-

les, que bien se ha podido decir como una ilustre muger al marchar para la guillotina: "¡oh libertad, cuántos crímenes se han cometido en tu nombre!"

Yo bien sé que estos crímenes no menoscaban en nada la justicia de la causa á cuya sombra se cometen, como no se empañan los rayos del sol por mas que alumbren lugares inmundos: sé tambien que son hechos aislados que no deben imputarse, sino á sus autores y al desórden consiguiente á un estado transitorio de revolucion; pero dan márgen á las calumnias de nuestros enemigos que, hipócritas, ven la paja en el ojo nuestro y no ven la viga en el suyo, y retraen á muchos que prefieren en su egoísmo, la quietud de la servidumbre á los peligros de la libertad y á todos los que confunden los principios con el abuso que de ellos se hace.

Justicia y moralidad sean la norma del gobierno: su programa se encuentra escrito en la constitucion y en las leyes.

Justicia y moralidad es lo que pide toda la nacion, para tener confianza en que no se renovarán los males innecesarios, los crímenes indisculpables, que algunas veces hemos presenciado; y notad que hablo de males innecesarios, porque no ignoro que hay algunos que es imposible evitar, que son una consecuencia forzosa de toda revolucion. Que el gobierno moralice su accion, y aun los mas tímidos lo ayudarán: que organice sus elementos y ellos serán bastantes; pero que cuide sobre todo, de que nadie mande mas que él, de que los recursos del país no se destruyan en un dia, que no se maten, como ya se ha hecho, las gallinas que ponen huevos de oro.

Moralidad y justicia, vuelvo á decir, y se habrá quitado hasta el pretesto á los que se mantienen retirados de la accion que debe ser comun, para que la lucha sea corta y feliz, y á nuestros enemigos que esplotan los males y los desórdenes que algunas veces hemos tenido que lamentar y con las absurdas

exageraciones que de ellos hacen, nos han querido presentar ante el mundo como una horda de salvajes, ó una manada de bestias feroces, á quienes era preciso exterminar en nombre de la civilizacion y de la humanidad, sin querer recordar que nos hemos quedado muy atrás en las lecciones de desórden que esa misma Francia ha dado al mundo.

Moralidad y Justicia: que el pueblo vea que la igualdad ante la ley y la libertad son un hecho, que lo sienta y lo disfrute, y el gobierno será dueño de todos los corazones y podrá contar con todos los brazos, porque todos pelearán gustosos por unos bienes que sabrán estimar.

Al gobierno, que ha tenido valor para luchar con todas las viejas preocupaciones, que ha tenido fuerza para reconstruir toda una sociedad, ¿solo le faltaria firmeza y careceria de poder para meter el órden en su propia casa? No, el gobierno se sabrá poner á la altura de su noble mision y hacerse respetar. Podemos lisongearnos de que ese es el trabajo que mas lo desvela.

Yo no soy demagogo, porque soy liberal, porque amo la libertad y deseo verla sólidamente establecida en mi patria, porque ódio la tiranía bajo cualquiera forma que se presente.

Por eso he hecho este esfuerzo, que quizá algunos calificarán de inútil, mas nadie negará que sea patriótico: yo creo que siempre es útil en estos momentos, hacer un llamamiento á todos los partidos y decir la verdad; si no produce el resultado que se desea será por culpa de otros; pero de todos modos se habrá cumplido con un deber.

Por lo demas, sea que nuestros hermanos se presenten á ayudarnos, sea que nos dejen solos en la empresa, en todo caso venceremos; y sean cuales fueren los designios de la Providencia sobre nosotros, no puede menos de ayudar nuestra causa que es la de la justicia: nuestro deber es luchar: "el dado está hechado, lo demas á la voluntad de Dios."—DICE.

MEMORIA

DE LA

JUNTA DIRECTIVA DE ENSEÑANZA

PUBLICA,

SOBRE EL ESTADO QUE GUARDA

ESTE RAMO

EN FIN DEL

AÑO DE 1861.



GUADALAJARA.

Tipografía del gobierno, á cargo de Antonio de P. Gonzalez.

1862.